
***Resistencia y
afirmación de identidad:
Las mujeres
puertorriqueñas
luchan contra el
desplazamiento en un
barrio de la ciudad
de Nueva York***

Vicky Muñiz

Departamento de Ciencias Sociales

Facultad de Estudios Generales

Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

A partir de la Segunda Guerra Mundial, algunos centros urbanos de los países capitalistas avanzados iniciaron un reordenamiento espacial cónsono con los cambios en la economía mundial. Los cambios económicos fueron generando grandes desplazamientos poblacionales desde los países más pobres o periféricos hacia los países del centro. En el interior de algunas ciudades de los países del centro como Estados Unidos, el énfasis en las actividades económicas urbanas fue variando—la manufactura fue dando paso a las finanzas, la informática y los servicios profesionales (Feagin y Smith 1987). El espacio geográfico también se fue transformando. En el sector residencial se construyeron viviendas nuevas en los suburbios y el centro de la ciudad. La construcción en los suburbios privilegió a los sectores poblacionales de origen europeo, mayormente de clase media, mientras la construcción de residencias en el centro de la ciudad significó el desplazamiento de las comunidades africanoamericanas y caribeñas—particularmente la puertorriqueña—de sus viviendas y barrios (Palen 1995).

En la ciudad de Nueva York, donde se estableció la mayoría de los puertorriqueños desde la emigración masiva de la posguerra, el reordenamiento económico y espacial ya estaba en su apogeo cuando éstos llegaron. Muchas de las empresas manufactureras que empleaban a puertorriqueños abandonaron la ciudad desde finales de los años cincuenta en busca de localizaciones más ventajosas. Esto significó la pérdida progresiva de empleos para miles de inmigrantes mientras los prejuicios raciales y étnicos dificultaban su entrada a otros tipos de empleos (Rodríguez 1989). En su minucioso estudio sobre la obra de Robert Moses, el constructor a cargo del reordenamiento espacial en Nueva York, Robert Caro (1975:19-29) sostiene:

Para las autopistas, Moses desplazó a 250,000 personas. Para sus otros proyectos—Lincoln Center, Naciones Unidas, las universidades de Fordham, Pratt y Long Island, una docena de proyectos inmensos de renovación urbana—[Moses] desplazó a decenas de miles más; no existen estadísticas precisas sobre el número total de personas desahuciadas de sus hogares para todas las obras públicas construidas por Robert Moses, pero las mismas ciertamente se acercan al medio millón. El único estudio realizado por una agencia externa demuestra que en el periodo entre 1946-1956 los números llegaron a 320,000. Pero más importante que el número de desplazados eran sus características: una parte desproporcionada eran negros, puertorriqueños—y pobres.¹

Ronald Lawson (1985:162), otro estudioso de la obra de Moses, apunta que los proyectos de renovación urbana de este influyente y poderoso constructor perjudicaron a los barrios puertorriqueños: “Moses tuvo cuidado de dirigir su Comisión de Desmantelamiento de Arrabales hacia los barrios de negros, puertorriqueños, aislados, desorganizados e invisibles, a principios de los años cincuenta”.

Entre 1970 y 1980 la construcción de una autopista en el Bronx, donde se habían relocalizado grandes contingentes de puertorriqueños, significó la destrucción de bloques enteros y el desplazamiento de 130-140,00 familias, muchas de ellas puertorriqueñas, hacia otros barrios dentro y fuera de la ciudad (Rodríguez 1989). El Puerto Rican Institute for Research and Information (Housing Task Force 1980) documentó estos cambios espaciales de la población puertorriqueña en la década de 1970 usando datos de la Junta de Educación. Su estudio reveló que la población puertorriqueña en Manhattan experimentó una reducción del treinta por ciento; el sur del Bronx perdió un cuarenta por ciento (algunos distritos hasta dos tercios de su población puertorriqueña) y en otras áreas la población puertorriqueña

prácticamente desapareció. Los aumentos poblacionales fueron evidentes solamente en Brooklyn y el West Bronx.

Este trabajo examina los esfuerzos que libran los puertorriqueños contra el desplazamiento en un barrio de Brooklyn, en la ciudad de Nueva York. Mi tesis central es que los puertorriqueños resisten el desplazamiento luchando por construir un espacio estable que les permita afirmar su puertorriqueñidad. Su lucha parte del reconocimiento de que las prácticas culturales son recursos, no limitaciones, para responder a las condiciones de opresión y exclusión en sus vidas diarias. Este reconocimiento ha sido recogido por académicos puertorriqueños y chicanos bajo el concepto de "ciudadanía cultural" y difiere significativamente de la perspectiva de la "subclase" tan de moda en algunos círculos académicos norteamericanos, la cual propone que los grupos subordinados están atrapados en un círculo de dependencia e impotencia (Wilson 1989; Benmayor, Torruellas y Juarbe 1992).

A la hora de definir la lucha contra el desplazamiento, la identidad de género es crucial entre los puertorriqueños. Por eso, este examen se hace desde la óptica de las mujeres. Para descubrir los valores y visiones de mundo que llevan a las puertorriqueñas a resistir el desplazamiento, así como sus estrategias de lucha, me adentré en sus espacios cotidianos. Esto me llevó a una reevaluación de las categorías tradicionales de participación política. El concepto de "lo político" se redefinió desvinculándolo de las experiencias masculinas de participación electoral, en puestos directivos o mediante la exposición pública (Morgen 1988). A la luz de las experiencias de las mujeres, encontré que lo político era todo lo que estuviera encaminado a lograr cambios en las condiciones de vidas de éstas, sobre todo en tanto se cuestionaran relaciones tradicionales de poder y autoridad.

Encontré, además, que las mujeres preferían concientizar y organizar mientras llevaban a cabo sus tareas reproductivas más que en reuniones o asambleas políticas; que intercambiaban ideas libremente sin importarles los reglamentos de participación (proceso parlamentario) y preferían la cooperación a la competencia. Los espacios donde se desenvolvían, tradicionalmente considerados como esferas privadas donde se llevan a cabo "meras" tareas domésticas, se revelaron como espacios políticos que llevaban a estas mujeres a cobrar conciencia de la explotación y opresión a las cuales estaban sujetas y desde donde podían luchar, y luchaban, por transformar sus circunstancias para lograr algún grado de acceso a los recursos sociales y de control sobre sus vidas.

Método

Este estudio se realizó utilizando un diseño cualitativo e interpretativo. La técnica de investigación principal fue la observación participante. Esta técnica permite un acercamiento más adecuado que los métodos positivistas a la comprensión de valores y significados que la gente que vive las situaciones le otorga a las mismas. En este caso, permitió examinar la forma en que los puertorriqueños en un barrio en el condado de Brooklyn, en la ciudad de Nueva York, entendían y definían las situaciones que vivían cotidianamente. Permitted interpretar las sutilezas y matices del mundo que corrientemente se da por sentado (Ley 1977).

El estudio se llevó a cabo entre 1984 y 1991, mientras vivía y trabajaba en el barrio de Sunset Park. Durante ese período tomé notas detalladas de lo que ocurría en hogares, edificios, tiendas y calles del barrio y en la Corte de Vivienda. Además, realicé múltiples observaciones en una agencia de vivienda, en una institución de estudios postsecundarios de la comunidad donde trabajé y en reuniones y actividades de una organización feminista de la comunidad.

La investigación se enfocó primordialmente en las puertorriqueñas pero a menudo incluyó a mujeres de otras nacionalidades, especialmente las dominicanas y centroamericanas que compartían espacios y problemas similares a los de las puertorriqueñas. Se trataba predominantemente de mujeres pobres; aunque la mayoría recibía asistencia pública, muchas trabajaban. La mayoría eran jefas de familia, pero podían vivir con sus esposos o amigos. Un puñado de mujeres profesionales de clase media, particularmente las líderes comunitarias, también forma parte de este estudio. Además, hice observaciones y hablé con algunos de los compañeros o esposos, y los caseros de algunas de las mujeres, así como los jueces o abogados a cargo de los casos que éstas tenían en la Corte de Vivienda. Los nombres de todas y todos los participantes se cambiaron para proteger su privacidad hasta donde fuera posible.

Las observaciones se complementaron con entrevistas informales y semiestructuradas a funcionarios electos, administradores públicos y líderes comunales para apreciar la variedad de perspectivas. Además, se utilizaron otras fuentes, tales como censos poblacionales y de vivienda, documentos históricos y planes de desarrollo para fortalecer las observaciones. Las conversaciones y entrevistas se llevaron a cabo en el idioma preferido por la persona con quien hablaba. A menudo, unas hablaban en español y otras respondían en inglés; una misma persona también podía mezclar los dos idiomas

durante su conversación. Aunque las mujeres de la segunda generación de migrantes usualmente dominaban e incluso preferían el inglés, el idioma del barrio era mayormente el español.

El desplazamiento como forma de vida

La mayoría de los hogares puertorriqueños en la ciudad de Nueva York conoce la experiencia del desplazamiento. Para muchos, el desplazamiento se ha convertido en una forma de vida. Algunos han vivido la experiencia personalmente. Otros la conocen a través de amigos y familiares. Entre los puertorriqueños en Nueva York, la concentración geográfica brinda apoyo y sentido a sus vidas en una sociedad ajena. Por eso, cada desplazamiento trastoca la estabilidad económica de la comunidad y causa daños irreparables mediante la pérdida de empleos, la quiebra de negocios, el desarraigo de activistas comunitarios y dirigentes políticos, y la desaparición de las organizaciones y redes sociales de ayuda mutua y del sentido de comunidad. Blanca López resumió sus sentimientos de esta manera:

Me van a tener que matar antes de que me mude. Yo no me mudo otra vez. Cada vez tengo que empezar de nuevo. Primero me sacan muerta antes de mudarme.

Los puertorriqueños comenzaron a perder sus viviendas y barrios en la ciudad de Nueva York durante las décadas de 1950 y 1960 como parte del proceso conocido como renovación urbana. Este proceso se caracterizó por la destrucción de miles de edificios en los barrios pobres de la ciudad. En su lugar, se construyeron nuevos complejos residenciales o de oficinas. El Estado dirigió la fase inicial de preparar los terrenos, pero luego los vendió a empresarios privados para la construcción de nuevos proyectos. Mientras estos proyectos albergaban las nuevas actividades económicas y sus trabajadores (mayormente de las capas medias de la sociedad blanca norteamericana), los residentes pobres fueron desalojados y obligados a buscar acomodo en otras partes de la ciudad. Los puertorriqueños fueron de los grupos más afectados ya que los barrios que habitaban eran de los más codiciados para la renovación urbana (Caro 1975; Davies 1966; Lawson 1986). Muchos fueron desalojados en repetidas ocasiones.

A partir de los setenta, el proceso de renovación urbana dio paso al de revitalización urbana. A diferencia de su antecesor, la revitalización urbana conlleva la restauración o mejoramiento de edificios comerciales y residenciales, estructuralmente fuertes aunque deteriorados por un mantenimiento inadecuado. En esta etapa se

ha destacado el capital privado, en particular el de familias o individuos que frecuentemente llevan a cabo la restauración por su cuenta. La revitalización también puede realizarse por grandes desarrolladores con el respaldo del Estado o del capital privado (Smith y Williams 1986). La restauración usualmente resulta en aumentos en los costos de mantenimiento de los edificios renovados así como en los alquileres e impuestos sobre la propiedad. Por consiguiente, el proceso culmina en el desplazamiento de muchos residentes y su sustitución por grupos más pudientes, un proceso conocido en inglés como *gentrification* (Smith y Williams 1986).

Muchas personas opinan que la revitalización de barrios como Sunset Park favorece a la ciudad ya que resulta en una baja en la densidad poblacional, un aumento en los ingresos de la ciudad y una menor demanda por servicios municipales. El consenso general es que se trata de beneficios significativos, por lo que el Estado debe estimular las transformaciones. En última instancia, el desplazamiento producido por la revitalización se considera como trivial (Marcuse 1986). Por otro lado, se entiende que los desplazados son apáticos o que se sienten impotentes debido a que su pobreza inhibe el desarrollo de una conciencia de clase o de grupo y por tanto su capacidad de resistencia (Cohen y Dawson 1993). Más aún, usualmente se considera a los desplazados como víctimas pasivas que sólo responden al proceso trasladándose a otros lugares.

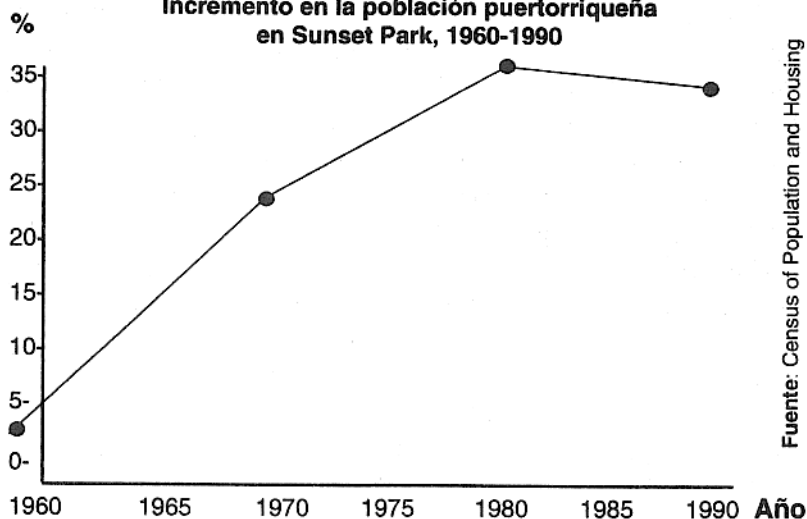
Esta interpretación coincide con los estudios que caracterizan a los emigrantes como víctimas pasivas del proceso de acumulación capitalista global (Duany 1994). En el caso de los puertorriqueños, ha ocurrido un movimiento desde las grandes ciudades manufactureras del noreste hacia el sur de los Estados Unidos, especialmente la Florida y otros estados y ciudades, incluyendo a Puerto Rico (Rivera Batiz y Santiago 1994). Sin embargo, la experiencia histórica de los puertorriqueños en los Estados Unidos también se ha caracterizado por una gran capacidad de lucha, organización y solidaridad según lo demuestran los trabajos de Bernardo Vega (Andreu Iglesias 1980), Virginia Sánchez Korrol (1983) y Carlos Rodríguez Fraticelli y Amílcar Tirado (1989). Estudios en Nueva York, Filadelfia y Chicago destacan la resistencia más reciente de los puertorriqueños amenazados por el desplazamiento en esas ciudades (Kasinitz 1988; Beauregard 1990; Gelb y Lyons 1993; López 1995). El que estas acciones no se recojan ampliamente en la bibliografía se debe a limitaciones de los enfoques tradicionales sobre nuestra diáspora y no a la ausencia de tales acciones (Duany 1994). El caso de Sunset Park ilustra tan sólo una de muchas instancias de resistencia puertorriqueña al desplazamiento residencial.

Sunset Park: un barrio puertorriqueño

Los puertorriqueños hicieron su entrada en Sunset Park, en el condado de Brooklyn en Nueva York, desde fines de los años cincuenta y durante los sesenta (véase el Mapa 1). En esos momentos muchas industrias del área se retiraban hacia localizaciones más ventajosas y las capas medias de origen europeo se mudaban a los suburbios. Los caseros abandonaron las propiedades que generaban pocos beneficios y los bancos dejaron de otorgar préstamos para hipotecas y arreglos. Ante el abandono y deterioro en que se encontraba el barrio, los vecinos aledaños se desentendieron de la pobreza emergente. No obstante, algunas organizaciones comunales y residentes individuales lograron obtener fondos federales para la reconstrucción.

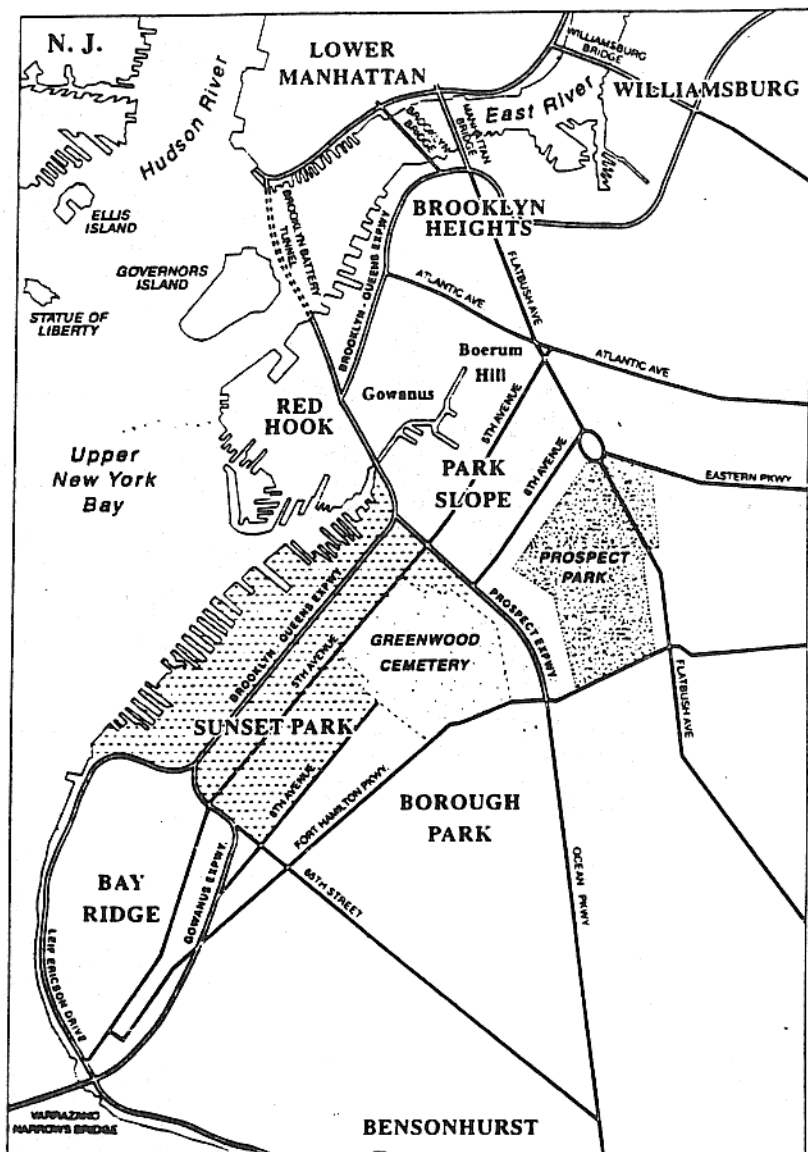
En ese momento, el barrio era parte de un distrito mayor, Bay Ridge, pero la sección donde se establecieron los puertorriqueños sufrió el mayor deterioro (Mapa 1). Por eso fue necesario separar la sección más empobrecida del resto del distrito y se le dio un nombre propio—Sunset Park. Desde entonces, los puertorriqueños se fueron asentando gradualmente en el barrio, pero fue en los setenta cuando entró el contingente mayor, en su mayoría desplazados de otras áreas de la ciudad (Housing Task Force 1979). Sunset Park fue una de las áreas de Brooklyn con el mayor aumento de puertorriqueños durante esa década y rápidamente se convirtió en uno de los pocos barrios en la ciudad con una población mayormente puertorriqueña (véase el Mapa 2). Allí fueron echando raíces los inmigrantes y el barrio fue tornándose predominantemente puertorriqueño. La Gráfica 1 ilustra el aumento progresivo de puertorriqueños en Sunset Park.

Gráfica 1
Incremento en la población puertorriqueña
en Sunset Park, 1960-1990



Mapa 1

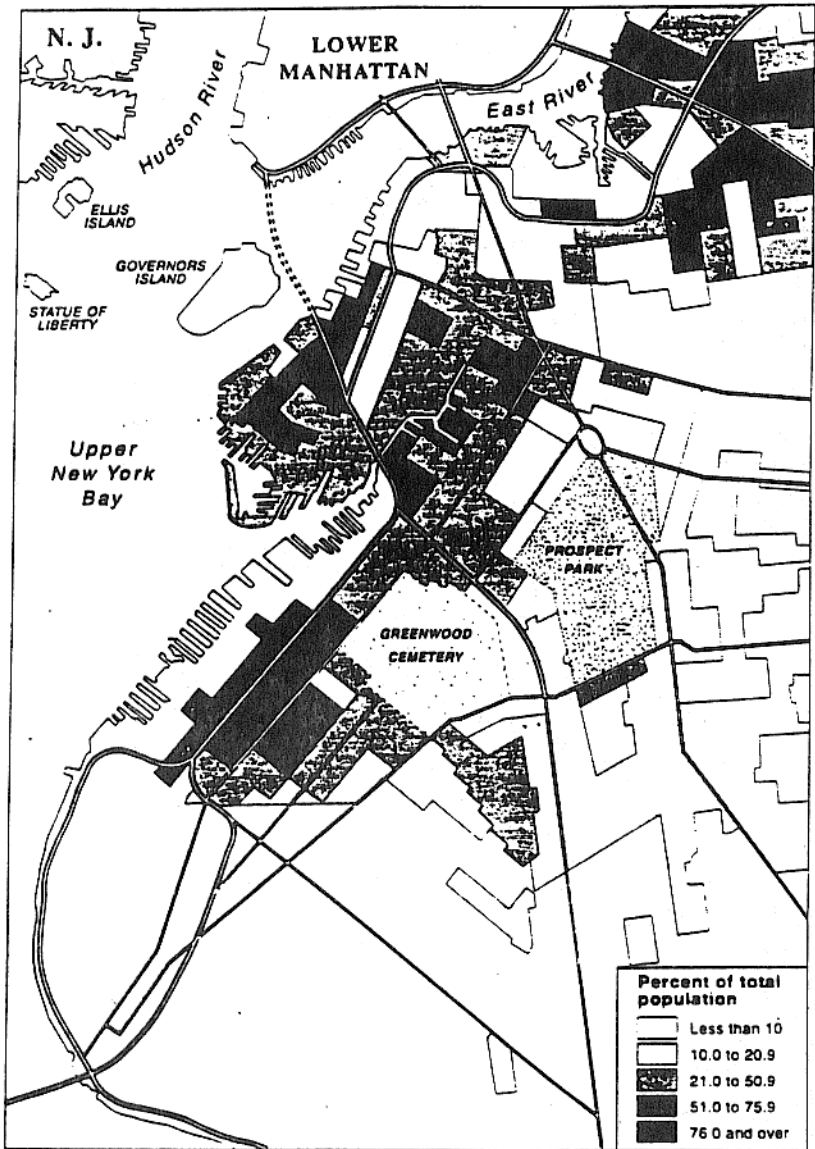
Sunset Park y vecindarios adyacentes



(Fuente: Winnick (1990).

VICKY MUÑIZ

Mapa 2
Población hispana como por ciento
de la población total en Brooklyn, 1980



El desplazamiento en Sunset Park comenzó en la década de los setenta cuando los precios de las viviendas en Manhattan, el mercado principal de trabajo en la ciudad de Nueva York, alcanzaron niveles prohibitivos para muchos hogares de clase media. Algunos vecindarios en Brooklyn, cercanos al centro de Manhattan, contaban con un inventario de *brownstones*. Se trata de viviendas en hilera, de construcción sólida, típicamente en piedra o ladrillo y de color marrón o gris, con chimeneas u otros elementos estéticamente atractivos para los nuevos pobladores. Frecuentemente los barrios en que están localizados los *brownstones* tienen un valor histórico (Smith y Williams 1986). Barrios como Brooklyn Heights, Boerum Hill y Park Slope se renovaron rápidamente (Mapa 1). La renovación en Sunset Park procedió más lentamente por la escasez relativa de *brownstones*.

Ya para la década de 1980 los precios en los barrios renovados habían aumentado drásticamente, por lo que Sunset Park se convirtió en una alternativa viable para algunos hogares compuestos por norteamericanos jóvenes con empleos e ingresos más estables y superiores a los de la mayoría de los puertorriqueños. A partir de ese momento, el desplazamiento de los puertorriqueños se aceleró. La Gráfica 1 evidencia una disminución de siete por ciento en el número de habitantes puertorriqueños durante la década de 1980.

CUADRO 1
Cambios en la composición étnica y racial
de los residentes de Sunset Park, 1980-1990

Grupo	1980		1990	
	Número	Por ciento	Número	Por ciento
Blancos	36,170	41.5	25,570	27.35
Negros	1,500	1.7	3,099	3.3
Asiáticos	3,787	4.3	13,231	14.15
Hispanos	44,397	50.9	50,968	54.5
Puertorriqueños	34,531	39.6	32,095	34.3
No puertorriqueños	9,866	11.3	18,873	20.1
Otros	1,205	1.4	599	.6
Total	87,059	99.9	93,467	99.9

Fuente: U.S. Bureau of the Census (1980, 1990).

Para fines de los ochenta, cuando terminaba mi investigación, se habían unido otros grupos, principalmente otros latinos (especialmente dominicanos y centroamericanos), asiáticos (chinos y coreanos en particular) y otros grupos con mayores ventajas en el mercado de vivienda que los puertorriqueños. El barrio fue haciéndose cada vez más multiétnico y multirracial, pero los puertorriqueños siguen siendo el grupo étnico principal del barrio (véase el Cuadro 1).

Desde la llegada de los puertorriqueños al barrio, la cultura puertorriqueña se ha expresado de múltiples maneras: en la música que se escucha en los hogares y los establecimientos comerciales; los periódicos y revistas que se venden en las tiendas; las prácticas religiosas (por ejemplo, las botánicas y los servicios religiosos en español); la venta de productos típicos de la dieta puertorriqueña; el juego de dominó a la entrada de la bodega y hasta ¡piraguas en pleno invierno! El Día de Reyes representa el día más importante de la temporada navideña y no faltan las parrandas y otras celebraciones típicas. Aunque muchos ya prefieren el inglés como primer idioma, el español sigue siendo el idioma principal del barrio ya que conecta a individuos de diferentes generaciones y cuyo tiempo de residencia en los Estados Unidos varía.

Igualmente importantes son las redes sociales de las mujeres. Estas fueron cruciales en las vidas cotidianas de las migrantes a principios de siglo y lo siguen siendo hoy en día (Sánchez Korrol 1983). Las redes sociales de las mujeres puertorriqueñas sientan las bases para la formación de nuevas familias compuestas no sólo por parientas, sino también por mujeres no relacionadas ni por parentesco ni por matrimonio. Las integrantes de la nueva familia extendida son mujeres hacia quienes se siente confianza y afinidad, con quienes se comparten problemas y, sobre todo, una cultura parecida—como en el caso de las dominicanas. Las nuevas familias extendidas son una modalidad de la familia extendida latina, aunque separada por los continuos desplazamientos de la comunidad puertorriqueña en Nueva York. Más adelante se discute cómo las nuevas familias extendidas son un recurso clave para la lucha contra el desplazamiento.

Todas estas prácticas, eventos, instituciones y establecimientos que expresan la cultura de los puertorriqueños, les sirven de apoyo para sobrellevar sus problemas y mantener sus sueños, esperanzas y aspiraciones de un futuro mejor. Esto contradice planteamientos anteriores como los de Eduardo Seda Bonilla (1972) en el sentido de que los puertorriqueños en Nueva York, especialmente los de segunda generación, pierden su identidad nacional. Lo que sí es cierto es que

la cultura puertorriqueña, como cualquier otra, se transforma constantemente en respuesta a las exigencias de la vida diaria. Se modifica y se negocia en el contexto de experiencias compartidas con otros grupos y entre los mismos puertorriqueños, al igual que en la Isla. El concepto de ciudadanía cultural ya mencionado rescata las cualidades positivas de la cultura latina como estrategia de lucha.

La voluntad de mantener la identidad cultural lleva a la determinación de conservar el barrio. En barrios no puertorriqueños es mucho más difícil conservar la identidad. Los puertorriqueños establecidos en lugares con poca población latina frecuentemente se sienten amenazados. Una de las puertorriqueñas en Sunset Park expresó su temor de esta manera:

Mientras seas calladita, no saques la bandera puertorriqueña, la gente te respeta. Mientras hagas las cosas en privado, está bien. Pero en público tienes que abandonar esas cosas. Es peligroso. Yo no quiero preocuparme porque vayan a matar a mi hija.

Muchos puertorriqueños están conscientes de los disturbios raciales que en ocasiones han resultado en la muerte de negros o puertorriqueños que han incursionado en los barrios de blancos, así como de incidentes de abuso por la policía y de la discriminación sutil y difícil de probar por prestamistas hipotecarios, agentes de bienes raíces, constructores de hogares y el Estado (Darden 1987; Yinger 1987; Morín 1989). Por eso las oportunidades de vivienda de los puertorriqueños en los Estados Unidos deben examinarse dentro del contexto de la discriminación y segregación.

Aquellos que son aceptados, particularmente los profesionales puertorriqueños de clase media, frecuentemente reconocen que su aceptación en esos barrios está predicada en la renuncia de su identidad cultural. Esto explica por qué algunos hogares puertorriqueños cuyos ingresos y extracción de clase les permitían pagar alquileres más altos en otros lugares y cuyos estilos de vida no se distanciaban significativamente de los de los llamados *yuppies* (jóvenes profesionales urbanos) preferían vivir en un barrio predominantemente de clase trabajadora, pero puertorriqueño. Las percepciones y experiencias de algunos puertorriqueños pudientes se asemejan a las de los profesionales africanoamericanos estudiados por Monique Taylor (1992), quienes prefieren vivir en Harlem en un ambiente más pobre, pero sin las tensiones raciales de otros barrios con residentes mayormente blancos.

Ante esta situación, los puertorriqueños reconocen su otredad y desean conservarla. Por eso sienten que necesitan barrios donde

puedan vivir sin temor al rechazo junto a otros que compartan sus visiones de mundo, actitudes y comportamientos y donde puedan defender su identidad, como lo expresó Carmen, inquilina en un edificio amenazado:

Nos movemos por ahí y todos saben lo que significa lo que decimos o hacemos. No tenemos que estarnos explicando, justificándonos, clarificando cosas para que no se nos malinterprete. Tampoco tenemos que esforzarnos por usar las palabras de otros, aquí no nos sentimos como cucarachas en baile de gallinas.

Vivir en Sunset Park genera un sentido de pertenencia y seguridad que no se siente fuera del barrio. Muchos puertorriqueños quieren conservar este espacio por el que tanto han luchado. Doña Rafaela lo expresó de esta manera:

Nosotros lo mejoramos durante los tiempos difíciles, cuando los blancos se iban, cuando no había empleos, cuando los bancos no prestaban ni un centavo. Ahora que todo está mejor no nos vamos a mudar para empezar de nuevo. Queremos ayudar a que se ponga mejor y disfrutarlo.

Las mujeres: espinazo de la resistencia contra el desplazamiento

Las mujeres en Sunset Park han sido el espinazo de la lucha en contra del desplazamiento. Las mujeres resisten el desplazamiento de múltiples maneras: desde procurar el dinero necesario para el alquiler hasta reclamar mejoras para sus apartamentos y edificios. Muchas de las mujeres en este estudio eran jefas de familia, pero la responsabilidad principal también recaía sobre aquellas que tenían esposos o compañeros. Los apartamentos usualmente estaban a nombre de la mujer. Las mujeres obtenían el dinero para el alquiler de diversas maneras, a menudo combinando los ingresos de varias fuentes. Por eso, muchas mujeres trabajan en establecimientos comerciales por salarios muy bajos, acogidas al sistema de asistencia pública (*welfare*), trabajando "por la izquierda", realizando múltiples trabajos, chiripeando en las calles, las casas de otras mujeres, escuelas y otros espacios públicos.

Muchas creaban nuevas familias al unirse con otras mujeres o familias para combinar sus recursos económicos. Al hacerlo, podían sufragar alquileres más altos y presentarse ante el casero con más confianza. De esa manera, podían resistir y combatir las acciones de

los caseros más efectivamente. Al aumentar el número de miembros adultos las tareas reproductivas en el hogar se podían compartir. Así se viabilizaba la organización y el activismo de inquilinas en edificios amenazados, otras organizaciones comunitarias y el trabajo asalariado. Por ejemplo, mientras una de las mujeres cuidaba a los niños o los llevaba a la escuela, la otra podía trabajar, asistir a reuniones de inquilinos o asistir a la Corte de Vivienda. En Nueva York, las nuevas familias extendidas son reconocidas bajo el concepto de *doubling up*; este concepto expresa únicamente el acto mediante el que más de una familia se junta en una sola unidad doméstica. El concepto se asocia con el hacinamiento en las viviendas pero no presta atención a las prácticas sociales en el seno de la nueva unidad. Por eso, prefiero referirme a ellas como “nuevas familias extendidas”.

A través de sus redes sociales, las mujeres tomaban conciencia de que el deterioro de apartamentos y edificios era parte de un problema de toda la comunidad. De las discusiones con otras mujeres surgía la motivación de lucha. El siguiente diálogo se desarrolló entre tres inquilinas en un edificio multipisos; Rosaura trabajaba fuera del hogar, mientras las otras dos mujeres recibían asistencia pública:

Juanita: Esto está sucediendo por todo el barrio, toda la ciudad. ¿A dónde vamos a ir? Ellos (los caseros) nos están sacando de la ciudad. Son abusadores y no les importa lo que le pase a los pobres. Pero, ¿qué podemos hacer? Nada, si ellos son los dueños, es su edificio. Tendremos que rezar para que no nos llegue nuestro turno.

Rosaura: ¿Qué dices? Tú quizás no puedas hacer nada, pero yo sí. Nosotras también tenemos derechos y nos tienen que respetar.

Blanca: Yo no voy a esperar que nos echen. No. Vamos a organizarnos. Conozco gente en otros edificios que tienen asociaciones de inquilinos. Es mucho trabajo y tiempo, pero han tenido logros.

Juanita: Sí, pero el problema no es del edificio solamente.

Blanca: Claro, por eso es que no podemos quedarnos como si nada. Donde quiera que vayamos va a ser lo mismo.

Rosaura: Comai, no podemos quedarnos de brazos cruzados. No podemos resolver los problemas de toda la ciudad, ni siquiera en el barrio, pero sí podemos mejorar el edificio donde vivimos. Podemos empezar en esta esquinita.

Blanca: Anda únete, Juanita.

Juanita: Sí, tienen razón, vamos.

Así encontré a muchas mujeres en sus edificios en reuniones de inquilinos o realizando actividades desde sus propios hogares (por ejemplo, cuidando niños de otras mujeres para que éstas pudieran asistir a reuniones, coordinando actividades telefónicamente y preparando propaganda escrita). Sus esfuerzos organizativos incluían

*La mayoría de los hogares puertorriqueños
en la ciudad de Nueva York conoce la
experiencia del desplazamiento. Para
muchos, el desplazamiento se ha convertido
en una forma de vida.*

reuniones de inquilinos, reuniones con los caseros, huelgas de alquileres, piquetes frente a otras propiedades de los dueños, audiencias en corte, entre otros. Muchas veces tardaban largos años en lograr mejoras. Las que vivían en edificios multipisos utilizaban la organización de inquilinos para resolver los problemas de apartamentos individuales o del edificio completo. Sin embargo, debido al número limitado de estos edificios en el barrio, pocas personas utilizaban esta estrategia. El único recurso disponible para las inquilinas en casas de familia (de hasta cinco familias) era el recurso legal.

La experiencia en la Corte de Vivienda usualmente era frustrante. Las destrezas necesarias eran complejas; éstas incluían el completar múltiples y complicados formularios, concertar citas con inspectores, emplazar a los caseros y otras. Las mujeres raras veces tenían representación legal; no dominaban el lenguaje legal (muchas veces tampoco el inglés), ni estaban familiarizadas con los procedimientos. Se enfrentaban a un sistema masculino (alguaciles, abogados y jueces) hostil y poco efectivo. Los casos se arrastraban por meses antes de llegar al juez y, cuando al fin llegaban, se les hacía esperar largas horas para que la vista fuese suspendida. Las mujeres se sentían intimidadas y humilladas ante el maltrato verbal de algunos jueces, mientras presenciaban cómo éstos se relacionaban amistosamente con los abogados de los caseros y tomaban decisiones que ellas consideraban parciales a favor de los caseros, a quienes los jueces a veces conocían personalmente. Incidentalmente, algunos jueces también eran dueños de casas y edificios (CRTC 1989).

Muchas mujeres llevaron a cabo su lucha en contra de sus caseros a pesar de la oposición de sus esposos, quienes permanecían en sus hogares mientras ellas asistían al tribunal o a reuniones de inquilinos. Algunas mujeres se molestaban porque sus maridos menospreciaban sus capacidades para entender problemas que no fueran los domésticos y mucho menos para encontrar soluciones efectivas. Este fue el caso de Olga, una organizadora de inquilinos cuyo esposo se

oponía a la participación de ésta en la asociación de inquilinos de su edificio. Mientras la esperaba para acompañarla a una reunión, escuché a su esposo expresarse con molestia:

Deja que la gente que sabe resuelvan la situación. Tú no sabes nada de todo esto.

En síntesis, las mujeres resistían el desplazamiento en un contexto de opciones muy limitadas: falta de acceso a trabajos o seguridad económica, enredos burocráticos, una estructura física y legal que favorece a otros grupos, oposición de sus compañeros y otras. Para resistir el desplazamiento era preciso que las mujeres retaran las relaciones de poder con caseros, con el Estado e incluso con sus compañeros. No desistían de sus papeles tradicionales como esposas y madres, pero iban cobrando conciencia de sus capacidades y adquiriendo confianza en sí mismas. Algunas hicieron cambios en sus vidas: regresaron a los estudios, se convirtieron en administradoras de sus edificios o terminaron relaciones matrimoniales insatisfactorias.

La resistencia llevó a muchas mujeres a reconocer la importancia del esfuerzo colectivo. Algunas trascendieron la lucha en sus edificios para involucrarse en otras luchas comunitarias: la lucha por mejores escuelas, por la educación bilingüe, en contra de las drogas, desarrollando liderazgo entre los jóvenes y, particularmente, en la elección de candidatos a puestos representativos del gobierno municipal, estatal y nacional.

Aunque la mayoría de las mujeres en Sunset Park es de clase trabajadora, la lucha contra el desplazamiento las une a puertorriqueñas profesionales de clase media. Algunas de estas mujeres consideraban que tenían la posibilidad—y la responsabilidad—de contribuir al mejoramiento del barrio. Consideraban que Sunset Park nunca progresaría como barrio puertorriqueño si éste era abandonado por quienes progresaban. Delia, una maestra, lo expresó así:

Aquellas de nosotras que hemos progresado podemos ayudar a nuestras comunidades a progresar invirtiendo nuestro dinero en ellas, comprando casas, ropa y otras necesidades. Esto puede generar más empleo para nuestra gente en el mismo barrio y seguramente ayudaría a mejorar las vidas para todos nosotros.

Por otro lado, una de las líderes feministas más reconocidas en la comunidad manifestó:

Tenemos que devolverle a la comunidad lo que hemos logrado. Tenemos una responsabilidad. Si nosotras lo logramos, otras también, y está de nuestra parte asegurarnos que lo hagan. Debemos quedarnos y luchar por el progreso de toda la comunidad puertorriqueña.

Con esto en mente, algunas mujeres combinaban sus actividades asalariadas con el compromiso de mejorar las condiciones de vida de todos los puertorriqueños. Ese sentido de responsabilidad explica la participación de algunas profesionales en varias luchas locales. Algunas ocupaban puestos directivos en agencias comunales, escuelas públicas y otras instituciones educativas en la comunidad; eran miembros de juntas asesoras, clubes políticos y otras organizaciones relacionadas con diversos problemas en el barrio.

Esto no significa que no existieran diferencias de clase. Las diferencias se expresaban en el acceso diferenciado a oportunidades sociales y económicas y por tanto en diferentes estilos de vida, en preocupaciones mayores por el valor de la propiedad y por lo estético. El trabajo y las aspiraciones que tenían para sí y para sus hijos (especialmente las expectativas de una educación universitaria) mediaban el comportamiento de muchas mujeres de clase media y las diferenciaban de las de clase trabajadora. Sin embargo, esas diferencias se trascendían ante los intereses y las necesidades compartidas. En la lucha contra el desplazamiento se luchaba por mantener la misma puertorriqueñidad, que se consideraba responsabilidad de todas y todos.

Tanto las mujeres trabajadoras como las de clase media reconocían que para lograr sus propósitos también tenían que trascender los límites del barrio. Consideraban la proximidad y la congregación espacial de los puertorriqueños como vehículos importantes para obtener una fuerza política dentro del barrio. Según lo articuló Sonia:

Dispersos por la ciudad nadie nos hace caso. Nosotros tenemos que vivir cerca unos de los otros, en los mismos lugares, para tener poder político y poder hablar de tú a tú con los grupos más influyentes. Esto es lo que va a permitir que no se nos obligue a abandonar nuestra identidad y cultura.

El desplazamiento trastoca la identificación de problemas, el desarrollo de liderato y de soluciones y la configuración de fuerzas locales y de toda la ciudad. Poco después de finalizar este estudio, en las elecciones de 1992, las mujeres fueron el pilar de la campaña electoral que llevó a un puertorriqueño, Javier Nieves, por el distrito político de Sunset Park a la Asamblea del Estado de Nueva York y a Nydia Velázquez, como la primera puertorriqueña electa al Congreso

de los Estados Unidos. Estas victorias evidencian la importancia política de la resistencia contra el desplazamiento.

Conclusión

Frecuentemente, las mujeres en este estudio no tuvieron éxito. Sus acciones no estaban dirigidas a cambiar las estructuras sociales sino más bien a retar y cambiar determinadas condiciones de opresión y discriminación vividas diariamente. Entendían que tenían el derecho de tener viviendas decentes y conservar su cultura. Muchas lograron victorias en sus propios edificios o apartamentos. En el barrio, no lograron frenar el desplazamiento por completo, pero sus esfuerzos deben verse dentro del contexto de los obstáculos inmensos que enfrentaban.

No obstante, según el censo de 1990, Sunset Park sólo perdió un siete por ciento de su población puertorriqueña, una pérdida mucho menos drástica que en otros barrios puertorriqueños, algunos de ellos tan cercanos como Park Slope. Sunset Park continúa siendo un barrio predominantemente latino, donde los puertorriqueños prevalecen numéricamente y donde han logrado importantes victorias.

La defensa del barrio no representa un deseo de los puertorriqueños de apartarse del resto de la sociedad norteamericana. Algunos consideran que los puertorriqueños han hecho grandes contribuciones a la ciudad de Nueva York y la sociedad norteamericana y sienten orgullo por ello. La defensa del barrio surge más bien como consecuencia de la exclusión de otras localizaciones y oportunidades y del deseo de mantener su cultura. Conforme a los argumentos expuestos por los proponentes de la ciudadanía cultural, los puertorriqueños modifican sus creencias y prácticas culturales como instrumentos de lucha para mejorar sus vidas en los lugares donde se han establecido.

En décadas anteriores, muchos puertorriqueños se sentían forzados a negar su puertorriqueñidad, especialmente abandonando el uso del español, para poder sobrevivir. A pesar de ello, la necesidad de conservar la cultura prevaleció. En la actualidad la defensa de su identidad les lleva a luchar por espacios residenciales propios y porque se les reconozca el derecho de compartir los recursos sociales sin necesidad de abandonar su identidad.

NOTA

1. Las traducciones del inglés al español son de la autora.

REFERENCIAS

- Andreu Iglesias, César, ed. (1988). *Memorias de Bernardo Vega: Contribución a la historia de la comunidad puertorriqueña en Nueva York*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Beauregard, Robert. (1990). Trajectories of Neighborhood Change: The Case of Gentrification. *Environment and Planning A*. 22:855-874.
- Benmayor, Rina, Rosa M. Torruellas y Ana L. Juarbe. (1992). *Responses to Poverty Among Puerto Rican Women: Identity, Community, and Cultural Citizenship*. Nueva York: Center for Puerto Rican Studies, Hunter College, City University of New York.
- Caro, Robert A. (1975). *The Power Broker: Robert Moses and the Fall of New York*. Nueva York: Vintage Books.
- CRTC School for Housing Organizers. (1989). *A Housing Court Overview*. Folleto informativo.
- Cohen, Cathy, y Michael C. Dawson. (1993). Neighborhood Poverty and African American Politics. *American Political Science Review* 87 (2):286-302.
- Darden, Joe T. (1987). Choosing Neighbors and Neighborhoods: The Role of Race in Housing Preferences. En Gary Tobin, ed., *Divided Neighborhoods: Changing Patterns of Racial Segregation*. Sage Publications, Inc. Urban Affairs Annual Reviews 32:15-42.
- Davies, J. Clarence. (1966). *Neighborhood Groups and Urban Renewal*. Nueva York: Columbia University Press.
- Duany, Jorge. (1994). ¿Hilos conductores o agendas dispares? Los estudios sobre la migración desde y hacia Puerto Rico. Ponencia preparada para la Primera Conferencia de la Asociación de Estudios Puertorriqueños, Boston, Massachusetts, del 29 de septiembre al 1 de octubre.
- Feagin, Joe R., y Michael Peter Smith. (1987). Cities and the New International Division of Labor: An Overview. En Michael Peter Smith y Joe R. Feagin, eds., *The Capitalist City*, pp. 3-36. Oxford: Basil Blackwell.
- Gelb, Joyce, y Michael Lyons. (1993). A Tale of Two Cities: Housing Policy and Gentrification in London and New York. *Journal of Urban Affairs* 15 (5):345-366.
- Housing Task Force. (1980). *Housing the Puerto Rican Community in New York City*. Nueva York: Puerto Rican Center for Research and Information.
- Kasinitz, Philip. (1988). The Gentrification of "Boerum Hill:" Neighborhood Change and Conflicts over Definitions. *Qualitative Sociology* 11 (3): 163-182.

- Lawson, Ronald, ed. (1986). *The Tenant Movement in New York City, 1904-1984*. Nueva Jersey: Rutgers University Press.
- Ley, David. (1977). Social Geography and the Taken-for-Granted World. *Transactions IBG NS* 2:498-512.
- López, Ramón. (1995). Un paseo entre dos banderas: Puertorros against gentrification. *Claridad*, 27 de enero al 2 de febrero.
- Marcuse, Peter. (1986). Abandonment, Gentrification, and Displacement: The Linkages in New York City. En Neil Smith y Peter Williams, eds., *Gentrification of the City*, pp. 153-177. Boston: Unwin Hyman.
- Morgen, Sandra. (1988). "It's the Whole Power of the City Against Us!" The Development of Political Consciousness in a Women's Health Care Coalition. En Ann Bookman and Sandra Morgen, eds., *Women and the Politics of Empowerment*, pp. 3-32. Filadelfia: Temple University Press.
- Morín, José Luis. (1989). A Community Under Siege: Racial Violence and Police Brutality Against Latinos. *Centro* 2 (5):86-94.
- Muñiz, Vicky. (1995). *Defense of the Neighborhood: Puerto Rican Women's Sense of Place in the Context of Gentrification and Displacement*. Tesis doctoral, Universidad de Syracuse.
- Palen, J. John. (1995). *The Suburbs*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Rivera Batiz, Francisco L., y Carlos Santiago. (1994). *Puerto Ricans in the United States: A Changing Reality*. Washington, D.C.: National Puerto Rican Coalition.
- Rodríguez, Clara. (1989). *Puerto Ricans: Born in the U.S.A.* Boston: Unwin Hyman.
- Rodríguez Fraticelli, Carlos, y Amílcar Tirado. (1989). Notes Towards a History of Puerto Rican Community Organizations in New York: Pioneros, Young Turks, and Radicals. *Centro* 2 (6):35-47.
- Sánchez Korrol, Virginia. (1983). *From Colonia to Community: The History of Puerto Ricans in New York City, 1917-1948*. Westport, Conn.: Greenwood.
- Seda Bonilla, Eduardo. (1972). El problema de la identidad de los nuyorricans. *Revista de Ciencias Sociales* 16 (4):453-462.
- Smith, Neil, y Peter Williams, eds. (1986). *Gentrification of the City*. Winchester, Mass.: Allen & Unwin.
- Taylor, Monique M. (1992). Can You Go Home Again? Black Gentrification and the Dilemma of Difference. *Berkeley Journal of Sociology* 37:101-128.
- United States Bureau of the Census. (1960). *United States Census of Population and Housing*. Table P-1, General Characteristics of the Population: 54-63.
- United States Bureau of the Census. (1970). *United States Census of Population and Housing*. Table P-2, Social Characteristics of the Population: 228-235.
- United States Bureau of the Census. (1980). *United States Census of Population and Housing*. Table P-7, Race and Spanish Origin: 474-478.
- United States Bureau of the Census. (1990). *United States Census of Population and Housing*. Table 8, Race and Hispanic Origin: 762-770.
- Wilson, William Julius, ed. (1989). *The Ghetto Underclass: Social Science*

VICKY MUÑIZ

Perspectives. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*. Chicago: University of Chicago Press.

Winnick, Louis, (1990). The Racial Dimensions of Urban Housing Markets in the 1980s. En Gary Tobin, ed., *Divided Neighborhoods: Changing Patterns of Racial Segregation*. Sage Publications Urban Affairs Annual Reviews 32:43-67.

RESUMEN

Este trabajo examina los esfuerzos de los puertorriqueños contra el desplazamiento en un barrio neoyorquino de Brooklyn. La tesis central del artículo es que los puertorriqueños resisten el desplazamiento luchando por construir un espacio estable que les permita afirmar su puertorriqueñidad. A la hora de definir la lucha contra el desplazamiento, la identidad de género es crucial entre los puertorriqueños. Por eso, este examen se hace desde la óptica de las mujeres. El estudio se realizó utilizando un diseño cualitativo e interpretativo. La técnica principal de investigación fue la observación participante, complementada con entrevistas informales y semiestructuradas, los censos poblacionales y de vivienda, documentos históricos y planes de desarrollo. El estudio se llevó a cabo entre 1984 y 1991 en el barrio de Sunset Park. La investigación conllevó una redefinición del concepto convencional de "lo político" a la luz de las experiencias de las mujeres. Para éstas, lo político era todo lo que estuviera encaminado a lograr cambios en sus condiciones de vida, sobre todo en tanto se cuestionaran relaciones tradicionales de poder y autoridad. Los espacios donde se desenvolvían las mujeres, usualmente considerados como esferas privadas donde se llevan a cabo tareas domésticas, se revelaron como espacios políticos que llevaban a cobrar conciencia de la explotación y opresión a las cuales estaban sujetas. La defensa del barrio surge como consecuencia de la exclusión de otras localizaciones y oportunidades y del deseo de mantener su cultura. Conforme a los argumentos expuestos por los proponentes de la "ciudadanía cultural", los puertorriqueños modifican sus creencias y prácticas culturales como instrumentos de lucha para mejorar sus vidas en los lugares donde se han establecido. [**Palabras clave:** desplazamiento residencial, género, identidad étnica, ciudadanía cultural.]

ABSTRACT

This essay examines the efforts of Puerto Ricans against displacement in a Brooklyn neighborhood of New York City. The article's main thesis is that Puerto Ricans resist displacement by struggling to construct a stable space that allows them to assert their cultural identity. In defining the struggle against displacement, gender identity is crucial among Puerto Ricans. Thus, this analysis is done from the perspective of women. The study was based on a qualitative and interpretive design. The main research technique was participant observation, complemented by informal and semi-structured interviews, censuses of the population and housing, historical documents, and development plans. The study was conducted between 1984 and 1991 in Sunset Park. The research led to a redefinition of conventional categories of politics in the light of women's experiences. For these women, politics was any activity geared toward making changes in their living conditions, especially insofar as these activities questioned traditional power and authority relations. The spaces where women interacted, usually considered private spheres where domestic tasks were carried out, were revealed as political spaces that led to the awareness of their exploitation and oppression. The defense of the neighborhood emerges as a consequence of the exclusion from other locations and opportunities and of the desire to maintain their culture. Following the arguments of the proponents of "cultural citizenship," Puerto Ricans modify their cultural beliefs and practices as instruments in the struggle to improve their lives in their places of settlement. [**Keywords:** residential displacement, gender, ethnic identity, cultural citizenship.]